

#22

\$2.500

NGC 3660  
COMIC

# LOS CAIDOS

## RECOMPENSA





## EN EL NÚMERO ANTERIOR:

*Krexon es sometido a juicio, pero a pesar de los esfuerzos de Razorclaw como abogado y Sky como testigo es puesto en libertad por el severo Juez Supremo Nitram. Al mismo tiempo, las comunicaciones siguen inhabilitadas a lo largo y ancho de la ciudad.*

### **#022: Recompensa**

**Autor: Magnus Dagon**

**Ilustración de portada: Jorge Andrés Araneda Silva**

No todas las batallas eran contra monstruos. También había aquellos que tiraban por tierra su trabajo sin necesidad de enfrentarse físicamente con ellos. Aquel era el precio que tenían que pagar en ocasiones, como compensación a su libertad de actos. Ser cuestionados, odiados, perseguidos, ignorados.

Incluso peor tratados que aquellos que ya de por sí resultaban de dudosa fiabilidad...

—¡No me hagas daño, por favor!

John Scream había escuchado esa frase en infinidad de ocasiones y situaciones. Muchos, muchos años atrás, la solían decir aquellos a quienes protegía en su cruzada personal. Los honrados, rectos y voluntariosos ciudadanos comunes de Ernópolis I. Escuchar a alguien suplicar de esa manera encendía su necesidad de no permanecer quieto. Buscaba un lugar discreto y apartado de voyeurs inquisitivos, apretaba la gema que ya nunca más volvería a brillar y detenía a los causantes de semejante grito de socorro implícito antes de que negaran a su víctima su única petición.

Pero eso era en el pasado. En el lejano, irreversible pasado.

En la actualidad las cosas eran muy distintas. Ya no había sitio para los hermosos y puros ideales de antaño. La ciudad los había difuminado, ocultado, tapado con su espesa capa de eterna ceniza. Había que buscar otras maneras de combatir el Mal, otros medios para pelear.

En la actualidad, era John Scream el causante de aquel grito de desesperado auxilio.



Pero era otro también el que lo emitía. Nunca más una víctima mientras en su mano estuviera. Por siempre sería la voz de los culpables la que reverberaría en las oscuras y rezumantes calles mugrientas de la ciudad.

Y aquel día, necesitaba escuchar gritar a sus enemigos.

No se tomó bien la puesta en libertad de Krexon. En su momento vio en persona los cuerpos de sus víctimas, con ceniza en la boca, para hacerse pasar por ignorante, para hacer creer que intentó de verdad alimentarlas, que sólo las conservaba como potencial seguro de vida en un mundo que siempre percibiría de manera extraña y hostil.

Él sabía la verdad. Siempre la supo, desde que se enteró de su llegada a la Tierra, oculto en uno de tantos tanques clandestinos de hibernación de los cargueros espaciales. Buscaba un reino que ya no existía, hogar de la corrupción, la injusticia y los tratos al borde de la legalidad. Pero si bien ese lugar ya no estaba allí para recibirle sus restos aún formaban un indudable y vasto imperio al que ansiaba permanecer a toda costa.

Había llegado, había visto, había matado y había caído. Y nuevamente, estaba libre, libre para despreciar, manipular, mentir, engañar y todo aquello que sabían hacer los de su ralea. Mejor aún en su caso, cuyo aspecto y presencia resultaban ser, como poco, intimidantes más allá de toda duda.

Aquel quinqui vendedor de Valis estaba pagando por ello, por algo que ni siquiera sabía qué podía ser. Desde su punto de vista sólo veía a aquel ente surgido de la ceniza interesarse por su negocio, algo que nunca antes había hecho. De hecho había escuchado que sólo atacaba a los peces gordos. Siempre era un buen día para aprender algo nuevo.

Si es que vivía para aplicar ese conocimiento al día siguiente.

‘Si vuelves a vender droga en mi territorio, te mataré. Te mataré, ¿entiendes?’

—Sí, tío, sí, lo he entendido.

Sam Grove veía la escena desde lejos, completamente ajeno a la situación. Sabía que *Scream* no perdería el control. Aun así no pudo evitar sentirse preocupado por el que había sido su modelo desde el mismo día que ingresó en Los Caídos. Era por eso que se sentía tremendamente orgulloso de que *Scream* le hubiera elegido como su compañero para vigilar las calles de la ciudad mientras durara la ola de incomunicación producida por *The Jammers*. Aunque también era consciente de que en parte eso se debía a que era el más novato de todos los directores de escuadrón.



‘Ahora márchate. Lárgate de la ciudad. Lejos, donde la Nube no alcance. Si no lo haces te encontraré, da igual cómo de bien trates de esconderte.

El matón salió corriendo como alma que lleva el Diablo. Grove estuvo a punto de acercarse a Scream, pero empezó a escuchar de repente ruido seco de aplausos. No tuvo que pararse a buscar demasiado para vislumbrar las manos violáceas que los estaban generando.

—Perfecto —dijo Krexon, apoyado contra un cubo de basura, como un matón de barrio que pasara por allí en ese momento—. Admito que nunca me cansaré de verlo. Yo mismo me lo tragué totalmente la primera vez que fui testigo de ello.

‘Para no conocer apenas la cultura humana diría que sabes expresar muy bien la ironía, alien —fue la comedida respuesta de Scream.

—Y no la conozco, hombrecillo. Estoy aquí, aprendiendo, observando cuanto puedo. Tengo muchas ganas de aumentar mis conocimientos, sin duda. Por ejemplo, en tu caso no acabo de saber muy bien qué eres, si un héroe o un villano. Aunque sí me queda claro que seas lo que seas, tu presencia está de más en esta ciudad.

‘No con basura como tú pisando sus calles.

—Cuidado con lo que dices, hombrecillo. En estos tiempos que corren, declaraciones como esa son poco menos que actos declarados de xenofobia. ¿No te lo habían dicho? Soy el último de mi clase. Soy una especie protegida. Y no tardaré en solicitar inmunidad diplomática, y un pedazo de tierra al que poder oficialmente considerar como territorio Axcroniano, que sólo yo podré pisar.

‘Tus artimañas y subterfugios no funcionarán conmigo, Krexon. La ley de los hombres no se me aplica. Por el bien de ellos, será mejor así.

—Ah, pero te equivocas, mi siniestro y oscuro amigo. Se está aplicando ahora mismo, de hecho. Sin duda tú, que estás en todo y en todas partes, o eso dices, te habrás dado cuenta de que ha aumentado el número de renegados espaciales que han llegado en estos días a Ernópolis I. En los bajos fondos el rumor ha circulado como la pólvora. Han puesto precio a tu cabeza. Una cantidad elevada, sin duda. Aunque por lo que tengo entendido, muchos vienen porque tu leyenda ha hecho que seas una presa apreciada y codiciada.

Scream desapareció a la vista de Krexon. Grove reapareció en su lugar y tomó el relevo en la conversación.

‘Nunca me cazarán, alien. Por siempre, seré una leyenda para ellos.



—Eso ya lo veremos. Por lo pronto no hay nada de ilegal en ofrecer una recompensa por la captura de alguien ni tampoco por cobrarla, así que participaré en la competición también. Luego de eso, cuando estés en una celda, despojado de tus poderes... quién sabe, los accidentes ocurren. Son muchos los criminales que se suicidan en la soledad de sus cuatro paredes. Y si no, siempre puede ayudarle alguien para quien las paredes no son un obstáculo —terminó guiñando sus múltiples ojos en las direcciones de sus tres juegos de párpados.

‘Sabes que estás jugando con fuego. Cometerás un error, y te cazarán.

—No, hombrecillo misterioso. Eres tú el que has cometido un error fatal, el de creer que puedes implantar tu ley en esta ciudad. Cuando acaben contigo, ya sea yo o sean otros, todo volverá a ser como era. Gorgon ya nunca regresará, pero siempre habrá otros jefazos de la mafia pugnando por el vacío que dejó. Además, no todos los crímenes tienen que cometerse al desamparo de la ley, como ya sabrás.

‘Nos veremos, pues.

—Vigila tu espalda. No me gustaría que sucumbieras por mano de otro que no fuera yo.

Atravesó la pared más cercana y se marchó sin dejar rastro. Scream hizo señas a Grove para que se ocultaran en la antesala de una de las entradas próximas hacia el Aquerón.

—Ese maldito asesino arrogante... —musitó Grove, enfadado por lo que acababa de presenciar—. Le volveremos a detener, señor, no se preocupe. Los crímenes que ha cometido no quedarán en vano.

—Por desgracia ahora mismo Krexon es el menor de nuestros problemas. Es la mano maestra que está detrás de todo esto la que me preocupa. No por nuestra integridad, ni por nuestra propia seguridad, sino por el hecho de que con la llegada de todos esos cazarrecompensas, y las comunicaciones comprometidas, habrá gran inestabilidad en las calles de Ernópolis.

—¿Qué podemos hacer, señor?

—Poco más que lo que estamos haciendo ahora, por desgracia. Aunque el hecho de que quieran capturar viva a la presa, dentro de la legalidad, nos da al menos un margen de error, leve pero presente. Sin embargo temo lo que pueda suceder con los cazadores de gatillo fácil y los involuntarios ciudadanos atrapados en el fuego cruzado.

—Pero si alguno de ellos actúa de esa manera la policía se lanzará sobre ellos al instante.



—Sin duda. Pero el daño ya estará hecho, por desgracia. Y temo que algunos hayan venido más por deporte que por profesión.

—Saldremos de ésta, señor. Como siempre hemos hecho.

—Lo que me intriga, Sam, es si la ciudad saldrá adelante también con nosotros o se convertirá de nuevo en un antro caótico sin ley ni moral —acabó *Scream* con tono de profunda y sincera preocupación.

La presencia de los cazarrecompensas en la ciudad fue cada vez más obvia e ineludible a medida que la noticia de la recompensa se fue expandiendo. Bajo un trasfondo de absoluta desinformación, y una descentralización de las fuerzas del orden público, empezó a imperar la ley de los callejones y los pactos clandestinos, perpetrados bajo las luces de neón en las puertas traseras de los clubes musicales.

Hubiera sido el momento propicio para esconderse, para dejar pasar la situación. Hubiera sido lo prudente, lo racional, lo aceptable, lo disculpable. Pero ésas no eran las cualidades por las que se medían los héroes, y menos Los Caídos. No podían limitarse a dejar pasar la situación sin más, sólo quedarse ocultos, dejando que el tiempo curara las heridas inflingidas a la ciudad. Tenían una imagen que conservar, un espejismo que mantener. Ellos eran un solo hombre. Invencible, imposible de entender o doblegar. Y así seguiría siendo, aunque tuvieran que salir de uno en uno a mantener el engaño.

Hubo problemas importantes, por supuesto. Starr Miles no había pensado que cinco hombres debían fingir ser uno solo por simple capricho. Era peligroso salir de dos en dos, había muchos ángulos muertos, muchos rincones sin vigilar. Era más que habitual que fueran superados en número, y la pelea directa nunca había sido tampoco su fuerte. Eran expertos en dominar el terreno y explotarlo en su beneficio, no en adaptarse a él; en ausencia de trucos e ilusiones, sólo eran hombres. Experimentados, bien armados y entrenados, pero hombres al fin y al cabo. Mortales, humanos, capaces de sucumbir debido a un certero disparo, como bien comprobó Sam Grove y su escuadrón muy a su pesar.

John *Scream* no se limitó a las incursiones de los primeros días, y con Grove de compañero prosiguió patrullando las calles para intentar sacar a todos los cazarrecompensas que pudiera de ellas, declarando la guerra a los mercenarios, enviando mensajes tintados de odio y violencia



contenida. Ganas de desahogarse no le faltaban. Estaba furioso por la absolución de Krexon, y el ofrecimiento de la recompensa no fue más que la confirmación de sus peores sospechas acerca de que un plan se orquestaba a su alrededor, en sombras más oscuras que las que ellos mismos manejaban.

Hubo muchos voluntarios que se ofrecieron para salir al exterior también. Al principio Scream logró contener sus ánimos, convencerles con estudiadas palabras en las asambleas semanales del Aquerón. Pero sabía que sus esfuerzos serían tan en vano como intentar detener un huracán con las manos. Aquellos hombres habían jurado defender una ciudad. Muchos de ellos, antes incluso de pertenecer a Los Caídos, se lo habían prometido a sí mismos en soledad. Él mismo fue uno en su momento, cargando con el peso de la tremenda responsabilidad que un poder conllevaba.

Fue por eso que los menos preparados no tardaron en salir al exterior, y los primeros problemas se manifestaron. Hubo heridos, algunas parejas estuvieron a punto de ser descubiertas. Hubo bajas, también. Pocas, pero las hubo.

‘Esta situación se nos está escapando de las manos —dijo Scream en voz alta, sabiendo que Grove estaba cerca para escuchar lo que decía.

Miraba desde lo alto de un callejón a un sujeto vestido con un arcaico traje espacial. A simple vista parecía inofensivo, pero por los informes que había recibido había logrado ahuyentar a varias parejas que patrullaban por esa zona.

‘Allí está —comentó Grove en voz baja, con calma. Empezaba a comprender la virtud que se esconde tras la paciencia.

‘Cúbreme, Sam. No sabemos qué trucos puede tener debajo de la manga este recién llegado.

Scream descendió sin hacer apenas ruido. Las comunicaciones podían resultar inservibles en incursiones y combates, pero el resto de la parafernalia seguía funcionando a plena potencia. Y habían empleado los demás chismes. A fondo. Desde que la recompensa había pasado a ser un asunto más o menos oficial se habían tenido que enfrentar con toda clase de sujetos a cada cual más pintoresco y extravagante que el anterior, y eso teniendo en cuenta que habían peleado contra armaduras vivientes, tiranos invisibles y estrellas musicales con el rostro cubierto por nieve televisiva difuminada. Eran en general amenazas de segunda que no sabían cómo de grande se les estaba quedando la situación que traían entre manos. Cazadores de bonificaciones expertos, en



muchos casos, pero a la hora de competir por un jugoso trofeo no eran más que sujetos mediocres dentro de la media de su profesión, de los que malvivían capturando a criminales de poca monta o tenían un ocasional golpe de suerte en la vida.

No había nada fuera de lo extraño en ello, y Scream lo sabía bien. En todas las categorías existentes lo mediocre es lo habitual y lo excepcional brilla por su ausencia. Era por ello que temía el momento en que se encontraran con el cazarrecompensas excepcional del lote. Aquel que no se daría por vencido hasta acabar con ellos de una vez por todas.

No era el caso del inútil que tenía frente a sí. Estaba armado con lo que parecían ser púas de guitarra, además de discos de datos de minúsculo tamaño que, supuso, lanzaría como improvisados shurikens.

‘Parece que no importa cuántos gusanos aplaste, siempre acaban saliendo más del fondo de la lata —fue la frase que usó como tarjeta de presentación.

—Por fin apareces —dijo el cazarrecompensas con cierto tono de pomposidad—. Permíteme presentarme. Me llaman Slide, y seré quien te capture para cobrar la suma que han ofrecido por tu cabeza. ¿Cuál es tu nombre?

Scream no contestó de inmediato. Aquel era uno de esos sujetos con los que unos segundos de silencio tenían un efecto positivo para meterles el miedo en el cuerpo.

‘Yo no tengo nombre, porque nadie que me haya visto se atreve a hablar de mí a otros.

—Permíteme entonces que sea el primero en hacerlo —dijo Slide lanzando una de sus púas de guitarra, que atravesó limpiamente a Scream como si fuera un fantasma. Eso le dejó, al menos de manera temporal, ligeramente desconcertado.

‘Tus ridículos proyectiles no son nada comparados con mi poder —dijo Grove apareciendo a su espalda al mismo tiempo que Scream usaba su anulador de fotones para ocultarse de la vista de su enemigo.

—Eso lo veremos —contestó Slide lanzando en aquella ocasión uno de sus discos de datos, tan estúpido como para no pensar que si a la primera no había funcionado, menos aún después de que su oponente conociera ya la técnica.

En aquella ocasión, sin embargo, el disco no llegó siquiera a atravesar limpiamente su objetivo. Un certero disparo lo rompió en pedazos en pleno vuelo. Los tres presentes en la tienda se giraron, aunque desde el punto de vista de un observador externo parecía que sólo había dos





personas luchando allí. Fue entonces cuando vieron la silueta de un tipo corpulento, medio oculto por la penumbra. Un hilillo de humo salía de un arma que llevaba en la mano, y que parecía ser un láser de alta frecuencia. Llevaba algo parecido a un traje militar oscuro, y su rostro estaba cubierto por un casco espejado que reflejaba un destello de luz en una de sus esquinas. Su cintura, piernas y hombros estaban plagadas de cartucheras para otras armas de mano.

Aunque sin duda el detalle más inolvidable era el hecho de que poseía seis brazos y empuñaba un arma de distancia en todos y cada uno de ellos.

—Tú eres... —empezó Slide, sorprendido por lo que tenía ante sus ojos—. Eres Dobleseis, ¿no? Sabía que vendrías por aquí aunque no fueras de la Tierra, pero no pensé que llegaría a verte en algún momento.

El aludido no dijo una sola palabra. La ausencia de un rostro visible hacía mucho también por encasillar su actitud como atemorizante y difícil de catalogar. Se limitó a caminar a pasos lentos, saliendo de la penumbra en la que se amparaba. Los brazos extra estaban uniformemente distribuidos a lo largo del torso, debajo de los que hubieran sido los esperables en cualquier ser humano. Sin embargo, a pesar de ello, Scream tenía claro que era un ser humano, y no un alienígena. O tal vez no era del todo ni lo uno ni lo otro.

—Eh, te propongo un trato —prosiguió hablando Slide—. Seamos socios, hay dinero de sobra para repartirnos entre ambos. ¿Qué te parece?

—Lárgate —fue la escueta respuesta de Dobleseis, mientras seguía caminando y cargaba el arma que acababa de disparar.

—Vale, de acuerdo. Lo capto —tras lo cual Slide se deslizó, haciendo honor a su nombre, hasta desaparecer de la vista de los presentes.

De ese modo Scream y Grove se quedaron los dos frente a un nuevo peligro, alguien que, tal y como ya se había temido el líder de Los Caídos, parecía al menos ser un rival, como poco, para ser tomado muy en serio. Al menos sabía hacer una entrada, y Scream comprendía muy bien que era en detalles como éstos en los que se distinguía a los verdaderos guerreros.

Miró a Grove y le hizo un gesto con la mano, una orden visual que había ensayado mil veces con su improvisado compañero pero nunca antes había tenido que emplear en mitad de un combate.

Vete.



Grove dudó si hacerle caso. Sospechó por qué lo estaba haciendo. Pero Scream había sido escueto y claro al respecto. No pasaba nada si capturaban a uno de ellos. Dentro de lo malo, tenía solución.

Pero si capturaban a dos o más, entonces estaban muy posiblemente acabados como organización.

Aun así, Grove se quedó. No había llegado tan lejos para dejar tirado a su líder cuando éste más lo necesitaba.

Más aún, era su compañero, su camarada de armas. No permitiría que le dañaran por su inacción. No como aquel día, después del concierto.

Fue por eso que, aprovechando que era el centro de atención de Dobleseis en aquel momento, al estar Scream aún protegido por las sombras, tomó la voz cantante y permaneció en su puesto sin moverse.

‘Crees que con tus armas...

Dobleseis no esperó a que terminara de decir la frase. Sus dos brazos inferiores apuntaron hacia donde estaba y dispararon de manera rápida, directa y certera. Una vez los disparos le atravesaron, se limitó a seguir disparando ráfagas en todas direcciones, estirando los brazos y cubriendo poco a poco ciento ochenta grados de amplitud, al tiempo que se colocaba contra una pared, para cubrirse las espaldas.

Grove se vio obligado a echarse al suelo, y todo intento de ofrecer una imagen amenazadora se desvaneció en el aire así como la ceniza se filtraba por el suelo poroso del callejón. Dobleseis detuvo los disparos un instante, para impedir el sobrecalentamiento de las armas y, tras guardarlas a toda velocidad, los dos brazos del medio sacaron un par de armas similares a las reglamentarias de la policía de Ernópolis.

Fue sólo un momento casi imperceptible lo que tardó, pero suficiente para que Scream se lanzara en plancha hacia él sin que notara el cambio de pareja en el agresivo baile que estaban llevando a cabo.

‘¡Vete! —repitió Scream, enfurecido—. ¡Vete de mi ciudad!

Grove no era tonto y sabía a quién iba dirigida esa frase, y del mismo modo que Slide se había marchado, él corrió hacia la entrada más cercana al Aquerón, para pedir unos refuerzos que no podía solicitar a distancia debido a la ruptura total de las comunicaciones de onda corta.



Scream lanzó un puñetazo contra su oponente, pero era muy veloz y logró esquivarlo al momento. Acercarse tanto fue una temeridad, pero no había otra manera de hacer que su atención se desviara de Grove y le diera la oportunidad de escapar.

Cuando logró separarse de él y quiso darse cuenta, comprobó que le faltaban sus dos anuladores de fotones, hábilmente sustraídos por aquel cazarrecompensas con dos de sus brazos extra.

—Muy prácticos —se limitó a decir Dobleseis enfocándose a sí mismo con uno de ellos, y viendo cómo reducían la intensidad lumínica hasta camuflarle con gran eficacia. Acto seguido los guardó en dos de sus múltiples cartucheras y siguió disparando hacia Scream con las armas que, gracias a tener seis brazos, no había soltado de las manos en ningún momento.

Los disparos comenzaron a cerrar a Scream en una de las esquinas del callejón. Aunque hubieran sido letales de haberle acertado, estaban cumpliendo su función a la perfección. Aquel sí era un verdadero experto en su trabajo, alguien a quien hubiera llegado a admirar de haberse encontrado ambos en circunstancias distintas.

—No te oigo hablar, criatura —comentó Dobleseis, permitiéndose por primera vez algo más que frases meramente escuetas y funcionales—. Escuché decir que te gustaba meter el miedo en tus enemigos por medio de la voz.

Scream no dijo nada. Contra aquel sujeto no cabía plantearse la misma estrategia que con Slide. Frente a él era preferible el silencio.

—Se acabó, entonces. Despídete.

Scream no era cazarrecompensas, pero sin duda era un cazador, aunque de presas distintas. Por eso no se iba a sentir sorprendido por el hecho de que Dobleseis sacara un arma y disparara una red electrificada en su dirección, que le atrapó sin darle la menor posibilidad de escape. Tampoco le era extraño el hecho de que estuviera perdiendo las fuerzas lentamente, mientras la energía de la red agarrotaba sus músculos uno por uno.

Nada de eso le sorprendió, ni podría haberlo hecho jamás. Era algo frente a lo que estaba preparado, la posibilidad de ser algún día atrapado o algo peor.

Pero para lo que nadie pudo prepararle, lo que nunca jamás se hubiera esperado, era que el arma con que acababan de atraparle fuera exactamente igual que la que su antiguo enemigo,



Silenciador, solía emplear. Un hecho, cuando menos, reseñable teniendo en cuenta que pensaba que ellos tenían a buen recaudo en el Aquerón el único ejemplar existente.

Scream cayó inconsciente y Dobleseis recogió la red apretando de nuevo el gatillo. El tambor futurista realizó uno de sus múltiples giros y se reajustó nuevamente, como si quisiera dejar clara su autenticidad como antigua arma perteneciente a un villano muerto hacía ya largo tiempo. La miró un momento con calma, sopesando su tremenda utilidad, y la devolvió de nuevo a la cartuchera de donde la había sacado. Metió una de sus múltiples manos en otro de sus múltiples bolsillos y sacó un par de dados. Los arrojó al suelo y rodaron hasta señalar dos seises.

Después de eso se echó a Scream al hombro y se largó tan silenciosamente como había aparecido, dejando como firma de su presencia aquellos dos minúsculos avatares del azar algo separados entre sí en el suelo.

### EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

*¡Los Caídos al borde del abismo! ¡Scream tratando de escapar de Dobleseis! ¡La aparición de no uno, no dos, cuatro nuevos cazarrecompensas! ¿Se puede pedir más?*



# colaboran:

## tiendas:



[www.atlanticacomix.com](http://www.atlanticacomix.com)

## editoriales:



[www.alfaeridiani.com](http://www.alfaeridiani.com)



[www.edicionesevohe.com](http://www.edicionesevohe.com)



<http://aroz.izar.net>



[www.grupoajec.es/](http://www.grupoajec.es/)



[www.ngcficcion.es/](http://www.ngcficcion.es/)

# ngc 3660

[www.ngc3660.es](http://www.ngc3660.es)

2011, Copyright Magnus Dagon por el texto.  
2011, Copyright Jorge Andrés Araneda por la ilustración.  
Web de Magnus Dagon: [www.magnusdagon.com](http://www.magnusdagon.com)